

PANORAMA DE UN AÑO LITERARIO

En ningún país del mundo se publica hoy día tanto como en los Estados Unidos, sea cual sea el campo que se nos ocurra considerar. La novela es, sin duda, uno de los terrenos más fértiles. Cada año aparecen literalmente cientos de ellas. Unos ciento treinta nuevos novelistas prueban la suerte anualmente con la esperanza de que ellos también están llamados a escribir su "best-seller" que les dará fama, dinero y confort. Hay varios signos que pueden darnos una diagnosis bastante acertada del pulso literario de este país (indudablemente es en Nueva York —el corazón y punto de partida de las vías arteriales— donde este pulso se siente más fuerte).

Uno de estos signos es el tipo de revista que se lanza al mercado, con un tinte más o menos literario. Existen, en primer lugar, muchísimas revistas literarias de alta categoría, pero también de un altísimo nivel intelectual, casi exclusivamente orientadas a un limitado profesorado universitario. Entre ellas, la de mayor tirada es PMLA (Publications of the Modern Language Association) con unos treinta y cinco mil ejemplares. Sin embargo, lo que en ellas se publica es sumamente especializado (más para ser archivado en las bibliotecas que para ser leído). Como ésta, se editan varios cientos de revistas de tiradas muy reducidas y orientadas puramente a la investigación literaria especializada. De aquí, tenemos que dar un salto considerable a un tipo de revista más general como la New Yorker, Harper's o Atlantic, las tres mensuales y con una tirada entre doscientos y quinientos mil ejemplares, orientadas a una élite de educación avanzada. Aún así, éstas son de un interés general e incluyen también artículos sobre las artes, las letras, la política, etc. Tienen secciones de reseñas de libros de tipo variado. Todas publican obras originales (cuentos, poemas y secciones de novelas a punto de aparecer como libro) de autores "seguros", es decir, por lo general, conservadores y bien establecidos. Harper's sacó a luz en la primavera pasada los primeros capítulos de la obra de Camus a *Happy Death* y en agosto los últimos capítulos de *August 1914* de Solzhenitsyn antes de que fuesen publicados como libro.

En un nivel más amplio, están los suplementos semanales de los grandes periódicos dedicados a las reseñas de libros, entre los cuales destaca el New York Times Book Review. Tiene una tirada más amplia que las anteriores —un millón y medio de ejemplares— y presenta cada semana reseñas de unos cincuenta libros en todos los campos. Los escritores de estas reseñas suelen ser a menudo figuras de primera línea en el mundo en sus campos respectivos. Ocasionalmente, aparecen entrevistas con escritores y poetas destacados. En cierto sentido, podemos decir que es éste el órgano de difusión literaria más amplio y uno de los más prestigiosos. De aquí tenemos que dar un gran salto a otro tipo de revista, el semanario, cuya tirada anda entre los tres y seis millones de ejemplares. Entre ellas, debemos incluir Time y Newsweek. Ambas presentan una selección de libros reseñados. Pero raras veces la vida literaria ocasiona artículos amplios más o menos generales. Como ejemplo típico, la muerte de Ezra Pound no recibió ni siquiera una página entera de Newsweek. Resumiendo, éstos son brevemente los tipos generales de canales que alimentan el sentido literario de las masas educadas y las élites de este país. Podría dar más ejemplos pero siempre de una categoría muy similar a los mencionados. En realidad, no existe en los Estados Unidos el tipo tan popular de revista europea exclusivamente literaria que atraiga a las grandes masas educadas como serían la Literaturnaya Gazeta en Rusia, Encounter en Inglaterra, Le Figaro Littéraire en Francia, La estafeta en España y otras en diversos países. Una de las razones que yo apuntaría es que se prefiere dejar al individuo que forme su

mentalidad literaria, que sea la autoridad crítica de su propio intelecto. Las consecuencias son bastante catastróficas pues es obvio que uno no puede abarcar a leer todo lo que se publica ni tampoco tiene muchos medios de formarse una opinión general básica. Por tanto, debe limitarse a una visión muy parcial y restringida del panorama literario nacional, dejemos aparte el internacional. El vacío junto con las consecuencias indicadas, ha sido notado por la comunidad intelectual literaria. Por ello la "Modern Language Association" está en estos momentos planeando la publicación de una revista mensual dedicada exclusivamente a lengua y literatura moderna cuya tirada podría llegar alrededor de los quinientos mil ejemplares. El título provisional de dicha revista será Language and Literature Today.

Otro signo del pulso literario del país es el de los premios de literatura y el revuelo que cada año originan cuando se conceden. Hay dos que sobresalen particularmente por encima de los demás, al menos en cuanto a su renombre se refiere (hay que indicar que los premios literarios que se conceden aquí son bastante escasos y de dotación exigua). El primero es el "Pulitzer Prize" que se concede en dieciséis categorías diferentes. Nos interesan particularmente los de novela y poesía. El Pulitzer ha perdido interés en años recientes. Si ya en el pasado se dieron premios a novelistas que ahora sólo se citan en las enciclopedias o diccionarios de literatura (pongamos por ejemplo los casos de Ernest Poole (1919) y Caroline Miller (1934) por citar algunos), parece ser que en los últimos diez años la mediocridad e incompetencia del jurado ha sido sólo igualada por la mayoría de sus selecciones. Varios de los premios han ido a escritores de primera línea ya en declive, para premiar algunas de sus obras de menos interés: se le concedió a Faulkner a título póstumo en 1963 por *The Reivers* y a Katherine Anne Porter por sus *Collected Stories* cuando su autora tenía ya 76 años. Errores más lamentables son todavía los premios concedidos a M. Scott Momaday (1969) y a Wallace Stegner este mismo año por su *Angle of Repose*. Lo que más ha despertado la ira de la comunidad literaria es que Stegner haya sido elegido por encima de John Updike (*Rabbit Redux*, 1971) y Joyce Carol Oates (*Wonderland*, 1971) por citar dos escritores jóvenes, dinámicos y de renombre. Además sigue siendo una prueba de verdadero oprobio para el jurado que ni Saul Bellow, ni Eudora Welty, Mary McCarthy, Ralph Ellison, ni John Hawkes hayan todavía merecido un premio Pulitzer.

La tradición de aciertos en los premios de poesía es un poco más destacada. A excepción de Eliot (que se hizo ciudadano inglés) y Pound (por las razones que luego citaremos) casi todos los poetas americanos destacados de este siglo han recibido su Pulitzer. Con todo, el jurado viene cometiendo errores tan lamentables como en la novela en años recientes. Mientras que conceden el premio a anonimidades como George Oppen y Anthony Hecht se han pasado repetidamente por alto a figuras como las de Sylvia Plath, Allen Ginsberg, Robert Duncan, Charles Olson y Robert Creeley.

Hay otro premio que sobresale notablemente sobre los demás. Es el "National Book Award" (premio nacional del libro). Si el jurado del Pulitzer apunta desatinadamente a una mediocridad lastimosa, el jurado Nacional del Libro premia descaradamente la comercialidad de una obra. Año tras año, este premio, concedido en diez categorías diferentes, es el hueso de contienda en la vida literaria de Nueva York. No pudo menos de citar aquí parte de un comentario de Hilton Kramer sobre el asunto: "No hay por qué negar el profundo descontento (por no decir rabia) que origina la concesión de un Premio Nacional del Libro. Ni siquiera el comité que lo administra se molesta ya en negarlo. En su 22ª edición, el Premio Nacional del Libro —aunque más o menos está considerado como el premio literario más prestigioso que los americanos conceden a sus escritores (1)—ha llegado a ser el premio que más odian todos. Hoy día, apenas puede uno tomar parte en una conversación sobre el tema sin empezar con un gruñido." (2) Más tarde Kramer viene a sugerir que todo se reduce a una farsa literaria que esconde una bien planeada campaña comercial del libro. Un ejemplo todavía más plástico del ambiente en que se desarrolla la concesión de estos premios viene dado por los acontecimientos del año pasado. Allen Ginsberg, miembro del jurado de poesía, abdicó de su puesto con rabia e indignación propias de él. Al poco tiempo publicó una larga carta abierta al jurado a la que respondió Richard Howard (miembro también del jurado, que había sido amigo de Ginsberg durante largo tiempo). (3) El tono y vocabulario de ambas cartas es abiertamente insultante, tomando cada uno posiciones extremas en su visión respectiva de la poesía y la misión del jurado al conceder los premios. Sin ponerme, por mi cuenta, de un lado ni de otro (pues ambos ignoran y rechazan valores esenciales en la crítica poética, sean éstos imaginación o refinamiento artístico y elaboración formal), creo que es un índice claro del conflicto de intereses existente al conceder es-

tos premios, conflicto del cual no están exentos los jurados de los premios en España tampoco.

Este mismo año no faltaron situaciones de tipo similar. Henry Raymond, en su reportaje sobre el acontecimiento, dice: "Como en años precedentes, varios miembros de los diversos jurados se levantaron para expresar su desacuerdo sobre las selecciones, causando por ello siseos, aplausos o carcajadas..." (4) El premio de novela fue para *The Complete Stories* de Flannery O'Connor, buena novelista pero muerta ya en 1964. (¿Por qué no se concedió a John Updike por su *Rabbit Redux*?) (5) El de poesía premió a dos autores francamente mediocres, Frank O'Hara y Howard Moss, pasando por alto poetas más distinguidos como son Allen Tate, James Wright y John Hollander que también estaban en la lista de finalistas.

Concluyendo, vemos cómo los jurados tienden, desafortunadamente, a optar por los libros que a pesar de la mediocridad les hagan "quedar bien" ante un público tan mediocre como las obras que premian. Demasiado frecuentemente, el negocio cuenta más que la calidad literaria. Sin embargo, esto no quiere decir que no se produzcan obras literarias de verdadera calidad año tras año. John Leonard presenta el problema en términos diáfanos: "Nos vemos enfrentados a cadenas de librerías que se niegan a almacenar las primeras obras de autores desconocidos; editores que no quieren publicar una novela de la que no pueden estar seguros de vender más de cinco mil ejemplares...; jurados que ignoran a los que aún viven y deshonran a los que ya fallecieron contentándose con cualquier cosa cómoda, inofensiva, sin dientes afilados y mansa —en una palabra, con una especie de animalito doméstico en vez de una obra de arte mordiente. En una época en que se está escribiendo un tipo de novela más apasionante y exigente que nunca, todo lo que uno oye hablar es de 'la vida de un libro en los estantes' como si fuese un racimo de plátanos." (6) A pesar de todo, y al margen de los premios literarios hoy día se sigue escribiendo literatura de calidad en este lado del Atlántico.

Un brevísimo vistazo al panorama puede ser prueba de ello. Debemos indicar antes de nada que la mayor parte de los escritores más interesantes y más productivos en estos momentos andan por sus cuarenta, siendo algunos incluso más jóvenes. Entre los más prolíficos podemos destacar a John Updike que este año publicó *Rabbit Redux*, recibida como una de sus novelas más notables y una colección de narraciones *Museums and Women and Other Stories*. Prolífica como Updike, muy joven todavía (nació en 1938) y aclamada como uno de los talentos más destacados de la presente novela americana, está Joyce Carol Oates; el año pasado ganó por su obra *Wonderland* el National Book Award. Este año publicó en el otoño una nueva colección de narraciones titulada *Marriages and Infidelities*.

En otro grupo podríamos incluir a tres novelistas mucho más profundos, más preocupados por su labor creadora y estética que por el éxito editorial. John Hawkes (n. 1925), tras de varios años de silencio, publicó *The Blood Oranges*. Por su parte John Barth nos ha regalado con su nuevo libro *Chimera*, una reinterpretación atrevida de tres bien conocidos mitos antiguos: el de Perseo, Belerofonte y Sheherezade. También de tendencia experimental es Donald Barthelme que acaba de publicar *Sadness*, una obra de atrevidas tendencias experimentalistas.

En el campo de la poesía dos acontecimientos biográficos merecen ser destacados. Uno es la muerte de Ezra Pound (1885-1972), que sin duda ha sido uno de los más eximios poetas y forjadores de la literatura del siglo XX. Antes de su muerte, tuvo lugar una controversia que puso un desafortunado sello final a la larga lista de oprobios que el gobierno y parte de la intelectualidad de este país han cometido contra uno de sus mejores poetas. A principios de año se propuso a Ezra Pound como candidato para el premio Emerson-Thoreau de la "American Academy of Arts and Sciences". Una vez más (algo similar había ocurrido en 1949 en torno al Bollingen Prize) la decisión favorable del jurado fue bloqueada bajo el pretexto del declarado antisemitismo de Pound durante la Segunda Guerra Mundial. Esta decisión provocó un sinnúmero de reacciones en pro y en contra, por las que de nuevo vemos la lamentable confusión entre lo que es el genio creador y su obra por una parte, y su compromiso político por otra. Evidentemente, el jurado actuó de una manera absolutamente incomprensible e injusta alegando principios que si fuesen tenidos en cuenta para juzgar el valor de una obra literaria deberían eliminar una buena parte de las obras más geniales de nuestro siglo. Por otra parte, y por razones similares posiblemente, Pound ha muerto sin recibir el premio Nobel, cuando varios de sus discípulos, que debían a este genial poeta una buena parte de su arte y de sus obras, lo recibieron. La obra de Pound per-

manecerá como un monumento permanente por encima de fluctuaciones políticas e ideologías. La última edición de sus Cantos, notablemente ampliada, había sido publicada en 1970.

Entre los poetas americanos desaparecidos este año está John Berryman (1914-1972), que eligió arrojarse al río Mississippi en vez de seguir viviendo una vida atormentada. Hace dos años solamente publicó *Love & Fame* y tras de sí dejó otro libro de poemas. *Delusions, Etc.* publicado ya como obra póstuma. Un poeta de los que han dado en llamarse "confesionales", consiguió plasmar en su obra todos sus sentimientos, su vida, e incluso sus sueños en una actitud casi exhibicionista de su intimidad.

Antes de acabar, no puedo menos de indicar que soy consciente de las limitaciones de esta crónica. En manera alguna he pretendido presentar un panorama completo de la literatura norteamericana en el momento presente. Se trataba simplemente de un breve análisis de los principales acontecimientos literarios ocurridos aquí este año, con breves excursiones al precedente.

ÁNGEL CAPELLÁN

New York, diciembre 1972

- 1 Sorprenderá a los lectores de esta revista que la cuantía de este premio sea sólo de \$1.000, cifra insignificante para el nivel de vida en este país.
- 2 **New York Times Book Review**, 28 de febrero, 1971, p. 2.
- 3 *Ibid.*, 4 de abril, 1971, pp. 4-5.
- 4 **The New York Times** (diario), 12 de abril, 1972.
- 5 Es de notar que este premio literario no se concede a autores fallecidos hace más de cuatro años.
- 6 Leonard habla de "shelf-life" haciendo un juego de palabras con una expresión que se usó para hablar de comestibles perecederos y aplicándola al breve tiempo que desde el punto de vista comercial se pueden almacenar los libros en los estantes mientras se vendan.

